EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9303

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—**Extranjero.**—Tres meses, 11 25 íd.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 4 DE NOVIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

CRISIS COMERCIAL

Preocupa hondamente á los hombres de negocios la paralización que se nota en todos los puertos españoles, pues han disminuído notablemente el número de buques que hacen el comercio de exportación.

En Agosto de 1891 entraron 1,007 buques con 1 003,509 toneladas de arqueo; en el mismo mes del año corriente han descendido dichas cifras á 1,433 buques y 975,942 toneladas.

Lo mismo se observa en las salidas, y de un modo más pronunciado, porque no se han registrado en Agosto último más que 1,292 expediciones, habiendo sido 1,498 las de 1891.

Si del comercio de exportación pasamos al comercio bancario, veremos que, como el primero, se resiente de negocio, porque no habiendo transacciones de mercancías, no hay papel para giros ni movimiento de capitales que permitan al banquero trabajar y ensanchar los moldes de su crédito

De la agricultura no hablemos, porque harto sabemos la profunda crisis por que atraviesa desde que expiraron los tratados de comercio.

No hay extracción de productos y al no suceder esto, la miseria cunde y por ende la usura se apodera del honrado agricultor, ya que éste necesita el dinero de sus cosechas para remunerar los gastos y los trabajos que ha empleado durante el año.

Si á este cuadro de desdichas unimos la cotización de nuestro papel extranjero al cambio de 15 por 100, quedará plenamente demostrado que vivimos en el mejor de los mundos, y que nuestros patriarcales Gobiernos nose preocupan para nada de sus administrados.

Bien que la conducta de los gobernantes es digna y merecida á un pueblo que sufre y calla.

Entre tanto, la labor parlamentaria se ha reducido, á parte de alguna que otra ley insignificante y de interés regional, á cero.

Los tratados de comercio duermen el sueño de los justos, todo lo que se ha estipulado con las diversas naciones lleva el sello de lo provisional y casuístico.

Aquellas leyes, aquellos proyectos de grandes reformas económicas, administrativas y gubernativas que nos anunció en su programa el actual gobierno, casi mediado el tercer año de su poder, no ha habido ni siquiera intento de plantearlas: la urgentísima reforma del Código Penal, de necesidad evidente para ponerlo en armonía con el derecho positivo que han creado otras leyes: los ferrocarriles económicos, demandados por las necesidades del tráfico; la apertura y terminación de carreteras, indispensable mejora por la opinión reclamada, y tantas otras pomposas promesas, han quedado hasta ahora como idealismos sin más realidad, que el efecto que pudiera producir en los incautos, en este país á propósito para los doctores Panglos.

Es de urgentísima necesidad que tengamos un régimen comercial definitivo, especialmente con Francia é Inglaterra, nuestros principales mercados de extracción é importación; del tratado con Francia, prometió ocuparse el gobierno en el pasado mes de Septiembre, reanudando las negociaciones emprendidas y dándoles solución, y ha pasado el mes sin que nadie se preocupe del asunto; respecto á Inglaterra, ni aun hay el menor indicio de que se trate de reanudar los trabajos diplomáticos para el convenio comercial.

Entre tanto, el comercio sometido al régimen de la incertidumbre decae, sin que se alarme nuestro gobierno por la baja enorme de las rentas de Aduanas, á pesar de lo enorme de los derechos arancelarios.

El comercio, particularmente el de vinos, procura encontrar en los mercados del interior compensaciones imposibles, que sólo originan la baja del precio del producto y en definitiva la ruina del productor.

CALOR INTERIOR DEL GLOBO
Y SUS EFECTOS

Largo tiempo ha reinado la creencia de que era posible, y hasta diré suficiente, el apreciar la temperatura interior del globo por la de los maniantales termales de los subterráneos.

Sin embargo, este método no carece de sus inconvenientes; pues, miles de causas locales pueden elevar ó bajar la temperatura de los subterráneos y manantiales, sin ejercer la menor influencia en la del interior de la tierra.

¡Cuán admirables y ocultos son para el hombre los arcanos de la tierra, de este planeta del cual es llamado rey!

Todo lo más que con el citado sistema puede decirse, es que en la superficie del globo el calor aumenta ó disminuye en proporción á la elevación ó descenso de la temperatura del aire atmosférico.

Así, por ejemplo, la temperatura media de la tierra, en la Laponia, es de unos 2 grados, mientras que en Berlín es de 9, en París de 12, en el Cairo de 22 y más allá del trópico es de 25.

Lo que además puede decirse, con tal método, es que, dejando aparte las causas locales, el calor aumenta en proporción á la profundidad; pues, cuanto más se penetra hacia dentro de la tierra, más sensible es el calor, fenómeno general tanto en las zonas tórridas y templadas, como en las frígidas é inmediaciones de los polos.

Y este aumento de calor lo encuentra la ciencia sugeto á una graduación normal; pues las observaciones termométricas practicadas en el interior de las minas, bajo diversas latitudes, han dado por resultado medio en el aumento progresivo del calor en el interior del globo, un grado centesimal para cada 32 metros. Si esta proporción se va continuando hasta el centro de la tierra, el calor debe ser tan fuerte allí, que toda esta parte debe hallarse necesariamente en estado de fusión y, como consecuencia, reducido en estado de vapor, el cual iría á perderse en la atmósfera, si no fuese contenido por las capas superiores; presión cuyos efectos son incalculables.

Para poder marcar con precisión el grado de calor del centro de la tierra, su medida exacta y el aumento progresivo desde la superficie al centro, sería todavía menester muchas más observaciones; pues, las que se han hecho hasta aquí, sólo han tenido lugar en las minas donde algunas causas locales pueden impedir la exactitud de los cálculos.

En estas gigantescas investigaciones se presentan algunas consideraciones que hacen dudar de que se pueda llegar un día á obtener un resultado positivo; porque ¿quién podrá gloriarse jamás de conocer el interior del globo? quién sabe si, llegado el calor á cierto grado, puede aumentar todavía? quién sabe con fijeza si la superficie exterior de la tierra, llamada corteza terrestre, tiene, como se ha supuesto, 20 leguas de espesor? quién conoce lo que va engrosando?

Las más profundas indagaciones de los geólogos no alcanzan más que á 1000 ó 1.500 metros de profundidad; sin embargo, no es posible dudar de la intensidad del calor interior del globo, puesto que sólo á él pueden atribuirse un grande número de fenómenos geológicos, como por ejemplo los volcanes, los terremotos, los hundimientos de terrenos, los manantiales termales, etc., etc.

Supongamos, en efecto, que en el centro de la tierra se hallan en estado de estado de fusión todas las substancias de que se compone: es natural, entonces, el que todas tiendan á enrarecerse, á expansionarse, á reducirse á vapor, y por lo mismo, debe ser prodigioso el esfuerzo de estas materias para elevarse, obrando de continuo contra el obstáculo que las comprime.

Si, las capas que tocan directamente con ellas les ofrece algo de paso, aquellos vapores se precipitan por él con toda violencia, y al elevarse arrastran tras sí todos los cuerpos cuya resistencia es menor que su propia fuerza. Si estos vapores candentes hallan á su paso materias combustibles, se les pega fuego, y cuanto más se extiende á éste, más terrible es su acción. Teoría tanto más racional, cuanto más prodigiosos vemos los efectos que la industria humana ha sabido sacar del vapor.

Si como se cree hoy, los terremotos y temblores de tierra son producidos por fluídos elásticos que tienden á su libertad omnímoda, fácil es comprender que la actividad de estos fluídos se ve excitada en su más alto grado por el grande exceso de calórico.

En lo que se refiere á las aguas termales, está fuera de duda que éstas se calientan ó por la fermentación de las substancias que aquellos gases disuelven, ó por causas puramente locales. Se supone que las aguas pluviales, al infiltrarse, descienden á una profundidad de cuatro mil metros, donde hallan alguna cavidad donde se reunen. Con su permanencia en este manantial adquieren un calor de 120 á 130 grados. Este calor, más que suficiente para enrarecerlas, las hace forzosamente más ligeras, forzándolas á elevarse. Entonces queda constituída una doble corriente: una descendiente, formada por las aguas pluviales en filtración, y otra ascendiente, constituída por las aguas enrarecidas. Éstas, al salir, conservan en mayor ó menor escala parte del calor adquirido en el interior de la tierra.

Sin el calor interior del globo, debido á la perpetua é inalterable ley de rotación de nuestro planeta, que lo aviva y aumenta su potentísima fuerza centrífuga, no tienen explicación plausible los citados fenómenos caloríficos.

MODESTO MARTI.

EL VOTO.

(CUENTO)

Sebastián Becerro dejó su aldea á la edad de diez y siete años, y embarcó con rumbo á Buenos Aires, provisto, mediante algunas oncejas ahorradas por su tío el cura, de un recio paraguas, un fuerte chaquetón, el pasaje, el pasaporte y el certificado falso de hallarse libre de quintas--que, con arreglo á tarifa, le facilitaron donde pueden facilitarse tales documentos.

Ya en la travesía, le salieron á Sebastián amigos y valedores. Llegado á la capital de la República argentina, diríase que un misterioso talismán—acaso la higa de azabache que traía al cuello desde niño—se encargaba de removerle obstáculos. Admitido en poderosa casa de comercio, subió desde la plaza más ínfima á la más alta, siendo primero el hombre de confianza, luégo el socio, por último el amo. Tan rápido encumbramiento se explicaría—aunque no se justificase—por las condiciones de hormiga de nuestro Becerro, hombre capaz de extraer un billete de Banco de un guardacantón. Tan vigorosa adquisividad—unida á una probidad de autómata y á una laboriosidad más propia de máquinas que de seres humanos—daría por sí sola la clave de la estupenda suerte de Becerro, si no supiésemos que toda planta muere si no encuentra atmósfera propicia. Las circunstancias ayudaron á Becerro, y él ayudó á las circunstancias.

Desde el primer día vivió sujeto á la monástica abstinencia del que concentra su energía en un fin esencial. Joven y robusto, no volvió la cabeza para oir la melodía de las sirenas posadas en el escollo. Lenta y dura comprensión atrofió al parecer sus sentidos y sentimientos. No tuvo sueños ni ilusiones; en cambio tenía una esperanza.

¿Quién no la adivina? Como todos los de su raza, Sebastián quería volver á su nativo terruño, fincar con él y deberle el descanso de sus huesos. A los veintidós años de emigración, de terco trabajo, de regularidad manística, de vida en la topinera, el que había salido de su aldea pobre, mozo, rubio como las barbas del maíz y fresco lo mismo que la planta del berro en el regato, volvía opulento, cuarentón, con la vista entrecana y el rostro marchito. Fue la travesía —como al emigrar—plácida y hermosa, y al murmullo de las olas del Atlántico, Sebastián, libre por vez primera de la diaria esclavitud del trabajo, sintió que se despertaban en él anhelos extraños, aspiraciones nuevas, vivas, en que reclamaba su parte alícuota la imaginación. Y á la vez, viéndose rico, no viejo, dueño de sí, caminando hacia la tierra, dió en una cavilación rara, que le fatigaba mucho; y fue que se empeñó en que la Providencia, el poder sobrenatural que rige el mundo, y que hasta entonces tanto había protegido á Sebastián Becerro, estaba cansado de protegerle, y le iba á zorregar disciplinazo con las de alambre: que el barco embarrancaría á la vista del puerto, ó que él, Sebastián, se ahogaría al pie del muelle, ó que cogería un tabardillo pintado, ó una pulmonía doble. Como de estas aprensiones suele padecer el que se acerca á la dicha esperada largo tiempo. Y con superstición análoga á la que obligó al tirano de Samos á echar al mar la rica esmeralda de su anillo, Sebastián, deseoso de ofrecer expiatorio holocausto, ideó ser la víctima, y desechando antojos que le asaltaron al fresco aletear de la brisa marina y al murmullo musical del oleaje, si había de prometer al Destino construir una capilla, un asilo, un manicomio, hizo otro voto más original, de superior abnegación: casarse sin demora con la soltera más fea de lugar. Solemnizado interiormente el voto. Sebastián recobró la paz del alma, y acabó su viaje sin tropiezo.

Cuando llegó á la aldea ponía se el sol entre celajes de oro; la campiña estaba muda, solitaria é impregnada de suavísima tristeza; todo lo cual es parte á sacar chispas de poesía de la corteza de un alcornoque, y no sé si pudo sacar alguna del alma de Sebastián. Lo cierto es que en el recodo del verde sendero encontró una fuente donde mil veces había bebido siendo rapaz y junto á la fuente una moza como unas flores, alta, blanca, rubia, risueña, que el caminante le pidió agua, y la moza, aplicando el jarro al caño de la fuente, y sosteniéndolo después, con bíblica gracia, sobre el brazo desnudo y redondo, lo inclinó hasta la boca de Sebastián, encendiéndole el pecho con un sorbo de agua fría, una sonrisa deliciosa y una frase pronunciada con humildad y cariño: «Beba, señor, y que le sirva de salú.»

Siguió su camino el indiano, y á pocos pasos se le escapó un suspiro, tal vez el primero que le arrancaba el cansancio físico; pero al llegar al pueblo recordó la promesa y propuso de buscar sin dilación á su feróstica prometida y casarse con ella, así fuese el coco. Y, en efecto, al día siguiente, domingo, fue á misa mayor y pasó revista de getas, que las había muy negruzcas y muy dificultosas, tardando poco en divisar, bajo la orla abigarrada de un pañuelo amarillo, la carátula japonesa más horrible, los ojos más bizcos, la nariz más roma, la boca más bestial, la tez más curtida y la [illegible] que vieron los siglos; todo acompañado de unas manos y pies como paletas de lavar y de una gentil corcova. Sebastián no dudó ni un instante que la monstruosa aldeana fuese soltera, solterísima, y no digo solterona, porque la suma fealdad, como la suma belleza, no permite el cálculo de edades: cuando le dijeron que el espantajo estaba á merecer no se sorprendió poco ni mucho, y vió en el caso lo contrario que Polícrate en el hallazgo de su esmeralda al abrir el vientre de un pez; vió el perdón del Destino, pero... con sanción penal: con la fea de veras, la fea expiatoria. «Esta fea—pensó—se ha fabricado para mí expresamente, y si no cargo con ella habré de arruinarme ó morir.»

Lo malo es que á la salida de misa había visto también el indiano á la niña de la fuente, y no hay que decir si, con su ropa dominguera y su cara de pascua y por la fuerza del contraste, le pareció bonita, dulce, encantadora, máxime cuando, bajando los ojos y con mimoso dengue, la moza le preguntó «si hoy no quería *agüiña* bien fresca.» ¡Vaya si la quería! Pero el hado, ó los hados (que así se invocan en singular como en plural) le obligaban á beber veneno, y Sebastián, hecho un héroe, entre el asombro de la aldea y las bascas del propio espanto, se informó de la feona, y avisó al cura y preparó toda la ceremonia de los feos desposorios.

Acaeció que la víspera del día señalado, estando Sebastián á la puerta de su casa, que proyectaba trasformar en suntuoso palacete, vio á la niña de la fuente, que pasaba descalza y con la herrada en la cabeza. La llamó, sin que él mismo supiese para qué, y como la moza entrase al corral, de repente el indiano al contemplarla tan linda é indefensa—pues la mujer que lleva una herrada no puede oponerse á tales demasías—la tomó una mano y la besó, como haría algún galán del teatro antiguo. Rióse la niña, turbóse el indiano, ayudóla á posar la herrada, hubo palique, preguntas, exclamaciones, vino la noche y salió la luna, sin que se interrumpiese el coloquio, y á Sebastián le pareció que en su espíritu no era la luna sino el sol del